

En paz

Mónica Díaz Sierra

“Planta 48, puerta 24, no pensaba tener que volver aquí de nuevo.” – Pensaba Jaime mientras decidía llamar al timbre – Aquel día, más de 20 años después de haberse jurado a sí mismo no volver a aquel grotesco edificio, se encontraba allí de nuevo, en pie, frente a aquella maldita puerta.

Pero ahora todo era distinto. Todo ese horror que se escondía detrás ella, ya no podría hacerle daño. El monstruo que le hizo enloquecer hasta el punto de querer saltar por la terraza desde semejante altura, estaba condenado a permanecer postrado en una cama, inmóvil, enganchado a varias máquinas que le ayudaban a sobrevivir, con la única posibilidad de ver y hablar con cierta dificultad.

Gracias a su psicólogo y a innumerables terapias, Jaime había conseguido superar su infancia y adolescencia llenas de palizas, abusos y un sin fin de humillaciones. Ahora era feliz y tenía una vida sana y estable. Sentía que quería dedicar su vida a ayudar a otras personas, por lo que decidió trabajar duro para ser enfermero. Era uno de los más queridos, tanto entre los compañeros, como entre los pacientes. Ninguno de ellos podía imaginar todo lo que Jaime había vivido en el pasado.

Jaime fue el resultado de una de las muchas violaciones que su padre infligía a su madre. Cuando nació, su padre no soportaba sus llantos, lo que provocaba en él una irritación que pagaba con ella de manera desmesurada. Ella nunca fue capaz de abandonarle a pesar de lo evidente. Prefirió tomarse un bote entero de pastillas y dormir para siempre. Nunca supo afrontar la situación ni pedir ayuda, culpándose siempre del comportamiento de su marido. Así que, con casi 4 años, Jaime se quedó solo, sin más familia que un padre maltratador y un gato al que le debía sus mejores momentos.

Desde que tenía uso de razón había recibido tantos abusos que llegó a perder la cuenta. Todavía recordaba cómo su padre cobraba a amigos y extraños cuando le obligaba a tener sexo con cualquiera bajo su atenta supervisión. Al principio su padre solo miraba diciéndole cómo debía actuar. Con el tiempo, fue dejando de observar para sumarse a aquellas terribles escenas. Los días que habían ido bien, su padre le premiaba dejándole solo en su cuarto, pero los días que habían ido mal las palizas se sucedían cada vez más fuertes culpándole de todos sus males.

Jaime descargaba su furia haciendo ejercicio cuando estaba solo en la habitación, como si fuera un preso en su celda. Jamás dijo nada fuera de casa, ni en el colegio ni a los médicos cada vez que iban. Sentía una enorme vergüenza por todo aquello además de sentirse constantemente amenazado por su padre.

Fue creciendo hasta que llegó un momento en el que se dio cuenta de que era físicamente más alto y fuerte que su agresor. En ese preciso momento, que sucedió después de una de sus múltiples vejaciones, se rebeló contra él asestándole un golpe seco que le dejó en el suelo sangrando por la nariz. Y fue entonces cuando tomó la decisión de salir por aquella puerta para no volver nunca más, llevando tan solo su mochila y seiscientos euros que cogió del cajón de su padre en ese mismo momento.

Tan sólo tenía 16 años cuando todo esto ocurrió. No sabía dónde ir así que cogió un autobús sin mirar el destino. Quería romper con todo lo vivido y empezar de cero en algún sitio totalmente desconocido.

La siguiente parada del autobús fue en una gran ciudad de la costa, llena de edificios bajos que dejaban que el sol bañara todas las calles. Pensó que el mar y el sol podrían ayudarle a sanar toda la oscuridad que llevaba dentro, así que decidió que aquel sería su nuevo lugar de residencia. Ya no volvería a aquella ciudad gris llena de rascacielos donde los edificios parecían colmenas.

Estaba dispuesto a esforzarse todo lo necesario para conseguir tener una vida normal, pero lo primero que necesitaba era un sitio donde dormir. Tras varios días durmiendo en la calle, encontró el centro de acogida en el que le ayudaron a rehacer su vida, ofreciéndole un hogar compartido con otros chicos de su edad.

Cada segundo le asaltaba el pensamiento de que su padre podría aparecer en cualquier momento, pero lo cierto es que no podía saber dónde estaba. Con el tiempo se dio cuenta de que tampoco le estaría buscando, por lo que empezó a coger cada vez más confianza en sí mismo y en su futuro. Había decidido no denunciarle nunca. Prefería pasar página y olvidar.

Aunque la casa de acogida le había proporcionado el cariño que nunca tuvo, su mayor objetivo era poder vivir solo, en su propio hogar, y hacer una vida normal. Para ello necesitaba dinero y las ayudas que recibía no eran suficientes. Sin dejar de estudiar, pensó en trabajar, pero su baja cualificación solo le proporcionaba trabajos muy mal pagados. Sin saber cómo, empezó a vender su físico en revistas y demás medios de comunicación dedicados a la salud y la moda. Era alto, musculoso y bien parecido. Su pudor casi inexistente hacía que se prestara a cualquier tipo de fotografía. Eso sí, nadie fuera de maquillaje o vestuario podía tocarle.

Pese a que para él posar era muy rentable y no le costaba nada hacerlo, necesitaba cambiar su vida para trabajar haciendo sentir bien a la gente de manera cercana. Puso todo su empeño en graduarse en enfermería, lo que consiguió con las mejores calificaciones.

Tras un tiempo de trabajo en el hospital, y con una vida muy estabilizada, un día llegó aquella fatídica llamada. El padre de Jaime llevaba cinco años con una enfermedad degenerativa y se encontraba en fase terminal. Había pedido que le localizaran para verle antes de morir. Pero ¿Por qué quería verle? ¿querría pedirle perdón e irse de este mundo redimido por su hijo?

Tardó varios días en tomar la decisión de volver a verle. Ahora era una persona adulta que había conseguido superar aquel pasado demoledor del que no todo el mundo habría sido capaz de salir. Nunca podría olvidar lo vivido, pero se había empeñado en que no le acompañara durante el resto de su vida. Reencontrarse con su padre significaría remover todo aquello en lo que se esforzaba por enterrar cada día. Y ahora se encontraba frente a esa puerta de nuevo, llamando al timbre.

“Hola Jaime, bienvenido. Soy Marga, la cuidadora de tu padre.” – Dijo la mujer que abrió la puerta invitándole a pasar.

Al ver de nuevo la casa, un escalofrío le cruzó por toda la espalda. Todo estaba tal y como lo recordaba. Nada había cambiado. Incluso permanecía la foto de su madre con él en brazos que ella misma había colocado sobre el aparador del salón. El cristal que la enmarcaba aún permanecía roto debido a uno de aquellos días de furia, pero nadie la quitó de allí nunca.

Las paredes empezaron a hablarle, a traerle un millón de recuerdos. Pensó en darse la vuelta varias veces antes de llegar a la habitación. No se sentía nada cómodo, la cabeza le iba a estallar.

Haciendo un tremendo esfuerzo, entró en la habitación detrás de Marga. Ella le explicó el estado de su padre y todas las máquinas que sujetaban su vida, lo que él entendió a la perfección gracias a su profesión.

Jaime preguntó a Marga si sabía por qué le había hecho llamar después de tanto tiempo. Respondió que su padre deliraba mucho y que le llamaba frecuentemente en sueños, así que fue ella misma la que pensó en encontrarle y hacer que se vieran en sus últimos días de vida.

La verdad era que no sabía por qué estaba allí. Ya nada le unía a aquel ser despreciable que ahora parecía tan frágil e indefenso. Y tampoco entendía qué impulso vital le había llevado a volver a verle, realmente no lo necesitaba. Desde la cama su padre abrió los ojos e intentó esbozar una sonrisa. Jaime no cambió el gesto y, sin mediar palabra, se dio la vuelta para marcharse.

Según avanzaba despacio por el pasillo hasta la salida, Marga salió de la habitación llamándole: “Jaime” – dijo.

Jaime se detuvo, pero no dijo nada, ni si quiera se dio la vuelta.

“Durante los cinco años que llevo cuidando a tu padre, se le ha tenido que medicar fuertemente y, en ocasiones, durante el efecto de los fármacos contaba cosas que hizo contigo, cosas horribles que no podía creer que fueran ciertas. Parecía disfrutar de cada momento. ¿Qué sucedió? ¿todo eso es cierto?”

Jaime quedó callado diez segundos más antes de decir - “Marga, me ha costado mucho tiempo y esfuerzo, pero yo ya he enterrado el pasado. Creo que haber venido ha sido un error.”

“Ahora puedes hacer que todo ese pasado desaparezca de un plumazo.” – Continuó Marga.

Sin pensarlo más, Jaime continuó hasta la puerta. Mientras la abría para salir, oyó cómo las máquinas emitían ese característico pitido continuo que hacen cuando la vida que soportan llega a su fin. Reconocía ese sonido perfectamente, lo que hizo que se parase en seco de manera instintiva. Dudó unos segundos en darse la vuelta para volver, pero decidió continuar. Realmente le importaba poco la vida de su padre y aquella situación le sobrepasaba. Quería alejarse de allí lo antes posible. Jaime salió y cerró de un portazo. Ahora sí, jamás volvería a atravesar aquella maldita puerta.